12

La cueva de la encantada

por

D. J. Afan de Ribera

1/
R.22592
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
— GRANADA —
Sala Caja
Estante C
Número 25 (12)

La cueva de la encantada.

—

Cuento.

I

Entre las tortuosas veredas que ~~forman~~ dán acceso á el parage conocido por Montes-claros, parroquia de nuestro Salvador; y que constituye toda la falda del cerro de San Miguel hasta el camino del Sacromonte á la izquierda subiendo, parte integrante del famoso valle de Valparaiso; ~~en una~~ mansion de la salud y de la alegria, de claras y saludables fuentes y frondosas alamedas; en una de sus cañadas ó barranco hoy conocido por el de Puente quebrada,

2/ afirman los ancianos del contorno; que á mediados del siglo anterior existia en el repecho mas áspero de subir y del lado del Saliente, una cueva ruinosa y abandonada, cuyo pórtico coronaba un peñon casi desprendido del terreno, perpétua amenaza para los que por aquellos sitios se aproximasen.

No era necesario este aviso, pues desde que en una noche de espantosa tormenta, tubo lugar el hundimiento de parte de la techumbre, los que en ella moraban que eran un matrimonio, que se ocupaba en mendigar en la ciudad, huyeron precipitadamente, afirmando que era imposible habitar en ella, pues ruidos estraños

y se escuchaban, y tenebrosas visiones aparecian de vez en cuando.

A la sencillez y rusticidad de los vecinos ~~[illegible]~~ bastó y sobró esta explicacion para dar el parage como maldito, y aunque intervinieron el Santo Tribunal, y la Justicia ordinaria, nada averiguaron, ni notaron otras cosas extrañas que algunas hendiduras en las paredes, producto sin duda de los sacudimientos subterráneos.

Pero cuando las rondas y alguaciles se retiraban, y en las altas horas de la noche el silencio y la oscuridad reinaban en aquellos parages, entonces insistian aun los que desde lejos los contemplaban,

4/ que ocurrian en la cueva escenas bien extrañas.

Y vuelta á subir los ministriles armados hasta los dientes y provistos de linternas sordas, y á jadear los escribanos del crimen ~~con~~ llevando en sus pasantes × provistos de sendos tinteros, para dar fe de la supuesta brujeria, y los sacristanes á rociarla con agua bendita, y todos á perder el tiempo; pues nada se llegaba á descubrir, ni pudo prenderse en ella ser ni humano ni irracional.

No obstante, se notaba la desaparicion de varios mancebos de la ribera, y la de otros jóvenes que á deshora recorrian el camino, y se achacaba × esta perdida mas | que á deseo propio de cambiar de patria para buscar

Pag. 277

e/ fortuna en otros paises, á producto de los ma-leficios de los supuestos habitantes del temi-do antro.

¿ Seria esto ~~exacto~~ veridico? No vemos lo que fantásticamente se ~~cuenta~~ contaba como sucedido.

II

Antes de que el lucero de la mañana apareciese en el horizonte, y con el inter-valo de una semana ~~de~~ á otra, la cueva se iluminaba con una claridad ~~diáfana y~~ suavisi-ma, ~~que~~ principiando en la hendidura que señalaba el fondo de la pared ~~principal~~ extrema, y ~~perdiendose~~ confundiendose con la luz crepuscular.

Del referido muro que sin violencia ni convulsion se entreabria, se destacaba harta

6/ colocarse en el dintél, una muger hermosa como un ángel, vestida con un ~~[illegible]~~ magnifico trage oriental cubierto de rica pedreria.

Apenas llegaba al sitio, ~~[illegible]~~ dos esclavos le traian un sillon de márfil retirándose en el acto. Entonces ella se quitaba el blanco velo que cubria su cabeza, ~~y~~ tomaba asiento, y con un primoroso peine de concha, empezaba á arreglarse el cabello que soltaba sobre los hombros.

Porqué la particularidad de la arrogante ~~[illegible]~~ maga, era ~~[illegible]~~ poseer una cabellera tan larga y poblada como no es posible concebir otra.

Cada vez que con sus nacarados dedos, ~~[illegible]~~ introducia el ~~[illegible]~~ afilado peine ~~sobre~~

7.- en sus espesos bucles, estos se prolongaban
estraordinariamente; y cuando el viento
los llevaba á su impulso; las hebras dora-
das formaban una nube diáfana, que flo-
tando en el espacio y pasando por cima
de la arboleda de los cármenes, iban á
mojar sus puntas en las aguas del
Dauro, retirandose á seguida con una
gota nacarada en cada una de ellas, y
plegandose al rededor del cuerpo de la
~~seductora~~ bellísima muger.

Y aqui entra lo maravilloso. A los
pocos minutos, cada gota de rocío se trans-
formaba en una piedra preciosa de todas
las clases conocidas. Su cabellera era un
continuo tesoro. Brillantes, esmeral-

8 das, perlas, zafiros, brotaban al ~~toco~~ contacto
de la seductora cabeza, y el pavimento
resplandecía con un brillo inusitado. En-
tonces salían ~~unas~~ ~~[illegible]~~ jóvenes servidoras vestidas
como su dueña, y en bandejas de oro esta-
ban á puñados aquella riqueza bastan
te por sí sola para conquistar un
reino.

Pero algunas veces, las puntas de
los ~~[illegible]~~ electrizados cabellos atraían un objeto bien ~~distin~~ diferen
te. Imanes de especie desconocida, arras-
traban, ¡~~[illegible]~~ cosa admirable!, hombres, pero
en la flor de su juventud, enredados
entre los espesos hilos de aquel labe
rinto dorado. Ninguno de ellos salía
del círculo en ~~la dama~~ que estaba sumido; y

1 al detenerse delante de la cueva, ella los miraba un instante haciendo un gesto de supremo desden. A seguida aparecian dos robustos negros, agarraban en sus fornidos brazos al mancebo, y ~~bajando~~ perdiéndose ~~en~~ con él ~~por~~ por la hendidura, nunca mas volvía á la superficie.

A si pasaban los años. La mágia no conseguia su objeto. El encanto estaba por romperse, y tesoros y jóvenes se perdian en aquellos ámbitos.

Porque, afirmaban los conocedores de este misterio, era una princesa ~~arabes~~ africana, la moradora del estraño lugar, que ~~un~~ el genio protec

-tor de ~~un~~ desdeñado amante, la condena-
ra á tan intempestivo tocado, robándola
de su patria para sufrir tan terrible
castigo.

Esto de que las mugeres, sean
mas ó menos princesas, tengan tan duro
el ~~..~~ varon, es negocio para examinar
con cuidado, y que produce conse-
cuencias lamentables.

Sin duda la consigna para
cesar en el castigo, debió de ser, que
aquella helada roca, sintiera el fuego
que producen los primeros amores,
cuanto que á los molinos ~~de amores~~ de desprecio di-
rigidos á los mozos que caian en las
redes; continuaba á su debido tiempo

ll/ la segunda faena del alisamiento de la cabellera.
Mas esto ocurriría porque para ninguno
de ellos estaba reservado el trance de dar
cima á la aventura.

III

Dn. Ceros de Orozco era un opulento mayoraz-
go con casa solariega en la placeta de Porras,
que ostentaba en el lado izquierdo de su
justillo la roja cruz de Santiago, que
tenía los servidores por docenas, y los
mejores caballos que se criaban en las
campiñas cordobesas. Su galantería
era proverbial, aunque á ninguna
dama hubiese dado palabra de casa-
miento. Hombre serio, de arrogante

12/ figura, y ágil en los ejercicios corporales
era sinó querido algunas veces, respetado
siempre por sus valiosas prendas de carac
ter. Dado á los lances mas aventurados
llegó á sus oidos la narracion fantásti
ca que le hizo uno de sus lacayos,
y quiso averiguar la certeza de los
hechos.

Desde entonces, todas las noches
al sonar la una de la madrugada, aban
donaba su habitacion, y provisto de espada
de excelente hoja, y colgado al cinto
un seguro pistolete, enderezaba sus
pasos por las cuestas, á apos
tarse en las sinuosidades del barranco.
Tarea inútil, solo las patrullas

13 encontraba á las que su ~~respetable~~ preclaro
nombre imponía respeto, lamentando
el antojo, que ya calificaban de locura.

Y pasaron algunos meses, pero Dn
Cesar firme en su capricho, no cesaba
en su ronda, como tampoco callaban ~~cesaban~~
los desocupados, discutiendo las maravillas
que ocurrían.

Pag. 233 Pero una noche fría de Enero
de la época citada, en que por miedo
á la escarcha, nadie se atrevía á de-
jar su lecho; aunque una luna
clara presentaba los objetos como
alumbrados por el Sol, Dn Cesar en vez
de hundirse en la quebrada; se ocultó en
la sombra que formaban las tapias

14/ de una heredad ~~cercana~~ vecina, dispuesto á esperar el amanecer.

Y para el hidalgo estaria reservado el espectáculo. Trás de dos horas de acecho un estremecimiento inexplicable le conmovió. Acababa de presentarse en la boca de la cueva la hechizada princesa, radiante de magestad y de hermosura. Empezó la operacion de siempre: el peine se introdujo en sus cabellos, pero esta vez, la única hasta entonces, permanecieron sin alargarse, ni flotar á merced de las auras.

La jóven dirigió una mirada de asombro á su alrededor. Rápido como el pensamiento, Julcesar franqueó el espacio que lo separaba, y cayó de ro-

15 —dillas ante aquella.
No se movió de su asiento, ni libró
el gesto de desprecio que tenía por costum-
bre. El rostro agradable del hidalgo y
su negro y retorcido bigote no le pa-
recían humo de pajas, cuando no
retiró las manos que éste le cubría
de besos. Tampoco salieron los etá-
pes, ni nada interrumpió el colo-
quio que entablaron. Sólo el frío
se dejaba sentir, pero esto poca
mella puede hacer en pechos en
que germina el amor con su ar-
rebatadora llama.
Por último, al asomar la aura

16 va, la princesa exclamó.
— Sois el único para quien mi alma ha encontrado simpatía; tal vez cese á su influjo el poder que me aprisiona. ¿Estais dispuesta á seguirme?
— A todas partes. Por vos arrostraré ~~los~~ cuantos peligros se presentaren. Mandad, sois la vida de mi vida.
~~La princesa~~ Ó ella se levantó envolviéndose en su velo, y entró en la cueva. Allí la siguió denodadamente el de Osorio cuando un ruido subterraneo se dejó oir. El peñon que amenazaba desde lo alto se hundió con estrépito y sus escombros tapó la entrada dejando solo un pequeño agujero.

IV

Juzguen nuestros lectores, la perturbacion que produciria en Granada la desaparicion de dn. Cesar.

La Justicia hizo toda clase de averiguaciones, pero en balde; los trabajadores agrandáron ~~el~~ á fuerza de pico la entrada ~~del~~ que ocultó el desprendido peñasco; y ni un leve indicio pudieron hallar dentro.

Asi como se ha sabido lo pasado en la célebre noche, se ignoró siempre la suerte del atrevido mayorazgo. Un primo suyo tomó posesion de sus bienes, y se daba por

18/ muy satisfecho con dedicar una parte
de sus pingues rentas á el pago de un
novenario anual de misas en la Iglesia
de San José. Un dia tubo un breve ra-
~~Para el vulgo, tomó mayor prestigio~~
to de amargura. Procedente de Fez, reci-
bió unos ricos presentes, que le manda-
ba un principe árabe, que se titulaba
muy su amigo, y q. se interesaba por
su salud. Hubo sospechas de la em-
bajada, se volvió á recordar la desapari-
cion de Dn Cesar; pero el olvido am-
parando su manto, dió por termi-
nado el suceso.

Para el vulgo, la caida del peñon
prestó mayor prestigio á sus murmura-

14/ Villarante aquiella

– ~~Pima dela hermosa~~

19/ ciones. ~~Desde entonces~~ La cueva de la encantada, fué el nombre con que designaron el sitio, hasta que las ~~[illegible]~~ lluvias ablandando el cerro, concluyeron por ~~tapar~~ borrar la entrada.

~~IV~~ V.

Algunas veces, al ~~venir~~ regresar de las avellaneras que con sus talas bajas forman una especie de oásis en los calurosos días de Agosto; cuando las sombras se extienden por el firmamento, prestando vagos reflejos á los lugares que se recorren; al pasar por el sitio donde existió la cueva de los hechizos, transpor

20/ toda la mente á imaginarias regiones, se crée ver flotar en el espacio, así como una nube de ~~finis~~ ~~[illegible]~~ delgados hilos, que el céfiro esparce, y que ya se juntan forman do tupida madeja, como los separa á su leve soplo en impalpables átomos, que á la vista no le es dado descubrir!

Si son productos del agitado cerebro, ó consecuencias de la merienda sazonada con el vinillo apagado del chaparral, de Cartuja, eso puede juzgarlo el que guste de andar estos lugares, y ocuparse en tales averiguaciones.